



EDUARDO R. CHIBAS

UNA rememoración ineludible asalta todos los espíritus en este renacer de la libertad cubana: la de Eduardo Chibás, decano de los adversarios políticos de Batista inmolados por una patria mejor. En su incansable y tenaz combate contra todas las desvergüenzas que han tratado una y otra vez de frenar y torcer el desarrollo necesario de nuestro país, durante los últimos 30 años, la figura del paladín ortodoxo se yergue en el recuerdo del pueblo como una de las principales. Antes de Fidel Castro y sus bravos libertadores, ninguna gesta fue semejante a la de Chibás. Es más, no pueden negarse las raíces que muchos de los actuales protagonistas de la recuperación democrática nacional tienen en el esfuerzo histórico chibasiano por el adcentamiento público. Cabría afirmar que el gran momento de la ortodoxia pasó, y que las nuevas promociones, creci-

das al calor de la tierra natal en una lidia sin paralelos, ocupan hoy el primer plano del escenario cívico; pero no puede borrarse la continuidad de las generaciones y el empalme indiscutible de todos los luchadores por la misma causa, llámense de un modo o de otro, militen en una u otra hueste, breguen en una u otra época. Chibás pertenece, por derecho propio que nadie negará, a la trinchera inicial de combate contra el Monstruo; su antagonismo contra él cubrió el espacio de 17 años y sin duda habría sido otra la suerte de Cuba si el magnífico héroe popular inmolado hubiera estado presente al ocurrir el funesto golpe del 10 de marzo de 1952. Sin embargo, hay un positivo consuelo: los que están rigiendo hoy a Cuba son, en lo hondo y fundamental de su espíritu y de su acción, discípulos de Chibás.